—Sí, querido sobrino—contestó el Acuchillado irónicamente—si es que quieres darnos el gusto de pasearte en algún canal ó foso, ó tal vez en una represa del Loira, cosido en un saco para poder nadar mejor, pues no será otra tu suerte. El mariscal preboste se sonrió al marchar—añadió dirigiéndose á Cuningham—y esto indica que tiene malas intenciones.

—Poco me importan á mí, sean cuales fueren—dijo Cuningham—pues nosotros no estamos al alcance de sus manejos; pero yo te aconsejaría que refirieses todo lo ocurrido á Oliverio el Diablo, quien siempre fué muy amigo de la guardia escocesa y verá al rey antes que el Preboste, pues debe afeitarle mañana.

—Pero advierte—repuso el Acuchillado—que no es bueno hablar á Oliverio con las manos vacías, y que por lo pronto yo estoy tan pelado como el abedul en diciembre.

—En el mismo caso nos hallamos todos—contestó Cuningham—pero Oliverio no debe tener escrúpulo en creernos bajo palabra, á fuer de escoceses, siquiera por una vez. Al día siguiente de cobrar la paga haremos alguna cosa buena y se le obsequiará.

—Y ahora al Castillo—dijo el Acuchillado.—Mi sobrino nos contará andando cómo lo ha hecho para atraerse el enojo del mariscal Preboste, á fin de que sepamos cómo hacer el relato á Crawford y Oliverio.

CAPÍTULO VII.

El Alistamiento.

El Juez de Paz.—Dame la ordenanza; lee los artículos.
Jura, besa el libro, firma y sé un héroe;
tomando un tanto del Tesoro público
por actos de valor en lo futuro,
seis peniques diarios, manutención y atrasos.

El Oficial reclutador

Un subalterno de los arqueros desmontó para ceder á Quintín Durward su caballo, y el joven emprendió la marcha entre sus marciales compañeros hacia el castillo de Plessis, la lúgubre fortaleza que debía habitar, aunque contra su voluntad, y cuyo exterior le había producido tanta sorpresa aquella misma mañana.

Entre tanto, para contestar á las repetidas preguntas de su tío, dióle cuenta exacta del incidente que aquella mañana le había puesto en tan inminente peligro. Aunque el joven sólo veía en su relato una descripción conmovedora, observó que sólo excitaba una ruidosa hilaridad en los que le acompañaban.

—Y sin embargo, no es cosa de broma—dijo el Acuchillado á su sobrino.—Pero ¿qué diablos te impulsaba, cabeza sin seso, á descolgar el cadáver de un maldito pagano judío?

—Si se las hubiese habido con los soldados del preboste por cuestión de una linda muchacha, como hizo Miguel de Maffat, esto hubiera sido al menos más razonable—dijo Cuningham.

—Pero yo creo que afecta á nuestro honor—observó Lindesay—que Tristán y su gente se atrevan á confundir nuestras gorras escocesas con las *tocas y turbantes*, según las llaman ellos, de esos rateros vagabundos. Si no tienen ojos para ver la diferencia, debemos enseñarles con la mano á reconocerla; pero yo creo que ese Tristán aparenta equivocarse para echar el guante á los buenos escoceses que vienen aquí á ver á sus parientes ó amigos.

—¿Podré preguntaros, tío—dijo Quintín—qué clase de gente es esa de que habláis?

—¿Por qué no, sobrino mío? Pero lo malo es que ignoro quién pueda contestarte; yo no seguramente, aunque tal vez sepa de ellos tanto como otros; han caído sobre este país hace un año ó dos como una nube de langostas (1).

—Sí—dijo Lindesay—y Santiago el Bonachón (así llamamos nosotros al campesino, joven; con el tiempo ya comprenderás nuestro modo de hablar), quiero decir el buen Santiago, se cuida poco de saber qué viento los trae, mientras tenga la esperanza de que otro más fuerte se los llevará.

—¿Tanto daño hacen?—preguntó Quintín.

—¡Que si lo hacen!—¿Pues no te digo, muchacho, que son herejes, ó judíos ó mahometanos, por lo menos; que no veneran á la Virgen ni á los santos (al decir esto se persignó); que roban cuanto pueden y que dicen la buena ventura? repuso Cuningham.

—Y dicen que no faltan buenas mozas entre esas mujeres—añadió Guthrie—pero esto lo sabe Cuningham mejor que yo.

—¿Qué dices, hermano?—repuso Cuningham;—supongo que no ha sido tu ánimo faltarme.

—De ningún modo—contestó Guthrie.

—Pongo por testigos á todos nuestros compañeros—repuso Cuningham—que tú has dado á entender que yo, caballero escocés, que vive en la comunión de la Iglesia, tenía una amiga entre esos herejes.

—Vaya vaya—dijo el Acuchillado—eso no ha pasado de ser una broma; no haya disputas entre compañeros.

(1) Véase la nota D.

—Pues no haya tampoco tales bromas—murmuró Cuningham entre dientes.

—¿Y se encuentran esos vagabundos en otros países fuera de Francia?—preguntó Lindesay.

—¡Ya lo creo, y no pocos!—contestó el Acuchillado.—Se encuentran tribus enteras en Alemania, en España y en Inglaterra; pero ¡por la cruz de San Andrés! que en Escocia estamos aún libres de ellos.

—Escocia—dijo Cuningham—es país demasiado frío para la langosta, y demasiado pobre para los ladrones.

—Ó tal vez nuestros montañeses no consienten allí mas ladrones que los suyos propios—añadió Guthrie.

—Sabed todos—dijo el Acuchillado—que yo desciendo de los Braes de Angus; que tengo parientes en Glen-Isla, y que no consentiré que se calumnie á los montañeses.

—¿Negarás que son ladrones de ganado?—preguntó Guthrie.

—El perseguir á una rés, ó cosa semejante no es robar—repuso él Acuchillado—y esto lo mantendré donde y cuando quieras.

—Y ahora, compañero—dijo Cuningham—¿quién es el que disputa? Ese joven no debería presenciar semejantes desavenencias. Pero basta, hemos llegado ya al castillo; y ahora yo pagaré una ronda de copas para que se restablezca la armonía, brindando por Escocia, por la montaña y por el llano indistintamente, si queréis venir á comer conmigo á mi alojamiento.

—Convenido, convenido—contestó el Acuchillado—y yo pago otra para ahogar la última dosis de resentimiento y para que brindemos á la salud de mi sobrino por su ingreso en el cuerpo.

Al llegar los guardias abrióse el portillo y dejóse caer el puente levadizo; todos fueron entrando uno tras otro, pero cuando apareció Quintín, los centinelas cruzaron sus picas, cerrandole el paso á la voz de alto; mientras que desde la muralla apuntábanle saetas y arcabuces, rigor de vigilancia de que no se prescindía, aunque llegaba con una parte de la guarnición, y hasta del mismo cuerpo á que pertenecían los centinelas de servicio.

El Acuchillado, que de intento no se había movido del lado

de su sobrino, dió las explicaciones necesarias, y después de no pocas vacilaciones y espera, el joven fué conducido con una fuerte guardia al aposento de lord Crawford.

Este noble escocés era uno de los últimos restos de aquel valeroso grupo de señores y caballeros escoceses que por tanto tiempo y tan lealmente habían servido á Carlos VI en las sangrientas guerras que decidieron la independencia de la corona de Francia y la expulsión de los ingleses. Cuando joven, había luchado cuerpo á cuerpo con Douglas y Bucham, y servido bajo las banderas de Juana de Arco, siendo quizás uno de los últimos restos de aquellos escuadrones escoceses que tan espontáneamente habían desenvainado su espada en favor de la flor-de-lís, contra sus «antiguos enemigos de Inglaterra.»

Los cambios ocurridos en el reino de Escocia, y quizás el haberse acostumbrado al clima y vida de Francia, habían inducido al anciano barón á abandonar toda idea de regreso á su patria, tanto más cuanto que el elevado cargo que desempeñaba en palacio, en la casa real de Luís y su propio carácter franco y leal le habían granjeado gran ascendiente sobre el rey, quien, aunque en general no muy predispuesto á creer en la virtud ó el honor de los hombres, confiaba y descansaba en el de lord Crawford, dispensándole tanta mayor influencia cuanto sabía muy bien que nunca se entremetía en nada sino en lo tocante á su cargo.

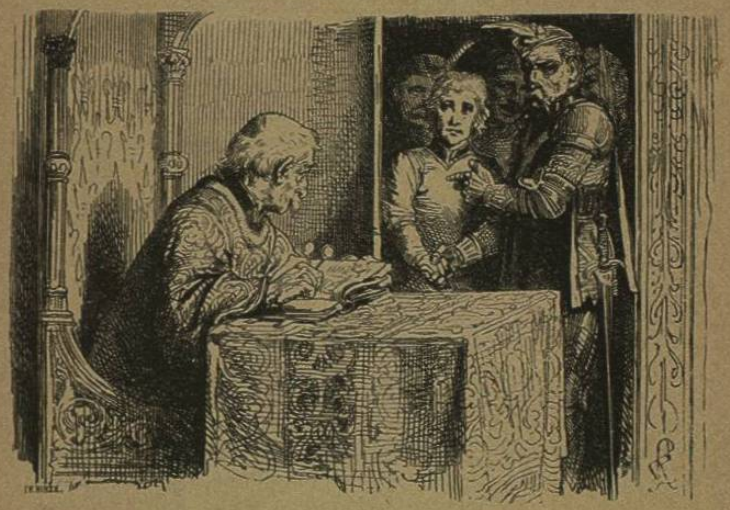
El Acuchillado y Cuningham siguieron á Durward y la guardia al aposento de su jefe, cuyo digno aspecto como también el respeto que le mostraban aquellos orgullosos soldados, que á nadie más respetaban, impresionaron muy profundamente á Quintín.

Lord Crawford era alto; los años le habían enflaquecido, pero conservaba al menos la fuerza, ya que no la elasticidad de la juventud, para resistir el peso de su armadura durante una marcha tan bien como el más robusto de su tropa. Tenía el semblante lleno de cicatrices, el cutis atezado, y unos ojos que á pesar de haber visto la muerte de cerca sin pestañear en treinta batallas campales, más bien expresaban un tranquilo desprecio del peligro que el valor feroz del soldado mercenario.

En aquel momento realzaba más su elevada estatura una ancha bata sujeta por un cinturón de ante, del cual pendía

un puñal de riquísima empuñadura, y ostentaba como condecoración el collar de la Orden de San Miguel.

Lord Crawford estaba sentado en una poltrona de cuero de gamo; y con los anteojos puestos (entonces invención reciente), procuraba leer un voluminoso manuscrito titulado el *Rosal de la Guerra*, código de política militar y civil que el rey Luís había completado para uso de su hijo, y sobre el cual deseaba saber la opinión del experto guerrero escocés.



Al ver entrar á los improvisados visitantes, Lord Crawford arrojó el libro con aire de mal humor, y preguntóles bruscamente en el más puro dialecto nacional:

—¡Qué diablos se os ocurre á esta hora?

El Acuchillado, dando muestras de mayor respeto del que hubiera manifestado al mismo rey Luís, explicó detalladamente las circunstancias en que se hallaba su sobrino, y pidió humildemente la protección de su señoría.

Lord Crawford, que escuchaba atentamente, no pudo menos de sonreirse de la sencillez con que el mancebo había acudido en socorro del criminal ahorcado; pero movió la

cabeza al enterarse del incidente ocurrido entre los arqueros escoceses y los guardias del Prebostazgo.

—¿Cuántas veces—dijo al Acuchillado cuando éste terminó—váis á venirme con estos malditos enredos para que yo los desenrede? ¿Cuántas veces debo deciros, y particularmente á vos, Luís, y á vos, Cuningham, que el soldado extranjero debe ser modesto y digno con la gente del país, si no quiere que se le echen encima todos los perros de la ciudad? (1) Sin embargo, si habéis de tener una disputa, prefiero que sea con ese pícaro Preboste mejor que con cualquiera otro, y os censuro menos por este principio de reyerta que por otras que habéis tenido, Luís, pues era muy natural y propio ayudar á un pariente. Ese buen muchacho no había de venir aquí para nada; con que así, dadme el rol de la compañía, que véis en ese estante, y apuntaremos su nombre entre los alistados para que pueda disfrutar de los privilegios.

—Con permiso de vuestra señoría..... —comenzó á decir Durward.

—¿Estás loco, muchacho?—exclamó el Acuchillado.—¿Cómo te atreves á dirigir la palabra á su señoría sin que te pregunte?

—Paciencia, Luís—repuso lord Crawford—y oigamos lo que ese mozo quiere decirnos.

—Sólo una cosa—replicó Quintín—con permiso de su señoría, y es que antes manifesté á mí tío algunas dudas sobre alistarme en este cuerpo; pero ahora debo declarar que se han desvanecido completamente desde que he visto al noble y experto jefe á cuyas órdenes debo servir, porque vuestra mirada impone ya la obediencia.

—Bien dicho, hijo mío—repuso el anciano lord—no insensible al cumplido; hemos alcanzado alguna experiencia, y así nos ayude la gracia de Dios para mejorar por ella, tanto en el servicio como en el mando. Quedas admitido, Quintín, en nuestro honroso cuerpo de Guardias escoceses, como escudero de tu tío y sirviendo bajo su lanza. Confío que te conducirás bien, pues debes ser buen guerrero, si tu valor corresponde á tu aspecto personal, prencindiendo de que

(1) Véase nota E. *Arqueros escoceses.*

eres también de buena sangre. Luís, cuidarás de que tu sobrino se instruya en el ejercicio activamente, porque vamos á tener lanzas rotas dentro de pocos días.

—¡Por la empuñadura de mi espada que me place, milord! Esta paz nos vuelve á todos cobardes; y hasta me acosa una especie de abatimiento, encerrado en esta maldita mazmorra de castillo.

—Pues bien, un pajarito me ha dicho al oído—continuó lord Crawford—que la antigua bandera danzará pronto otra vez en el campo de batalla.

—Esta tarde apuraré una copa más llena en celebridad de esta noticia—repuso el Acuchillado.

—No beberás copa alguna en celebridad de nada—dijo lord Crawford—y mucho me temo, Luís, que algún día no hayas de beber un trago más amargo de tu propia cosecha.

Lesly, algo avergonzado, replicó que no había bebido hacía muchos días; pero que su señoría no ignoraba que era costumbre hacer un poco de fiesta para celebrar la entrada de un nuevo compañero.

—Cierto—dijo el veterano capitán—no lo había tenido presente. Yo os mandaré algunos barrilitos de vino para completar la fiesta; pero al ponerse el sol todo ha de quedar terminado. Y oye, no te se olvide alejar cuidadosamente á los soldados de servicio, y cuidado con que ninguno de ellos participe más ó menos de la francachela.

—Vuestra señoría será obedecido escrupulosamente—dijo Luís—y no olvidaremos beber á vuestra salud.

—Quizás—dijo lord Crawford—me deje ver yo mismo en vuestra reunión, sólo para cerciorarme de que todo se hace con decencia.

—Vuestra señoría será recibido con el mayor cariño—dijo Luís.

Dichas estas palabras, todos se retiraron animadísimos, para hacer los preparativos de su banquete militar, al que Lesly invitó una veintena de camaradas, acostumbrados en su mayor parte ya á hacer rancho juntos.

Una fiesta de soldados suele ser asunto de poca monta, con tal que no falte de comer y beber, en cantidad bastante; pero en aquella ocasión Lesly no perdonó medio para que el vino fuera mejor que de costumbre, teniendo en cuenta que el

anciano lord era el principal adorno de su festín, y que si bien predicaba la sobriedad, él mismo, después de beber en la mesa del rey tanto vino como decentemente podía trasegar, nunca dejaba de aprovechar cualquier ocasión propicia de volver á llenar el vaso para acabar la tarde.

—Vaya pues, camaradas—dijo—ya podéis prepararos á oir las antiguas historias de las batallas de Vernoil y Beaugé (1).

El aposento de estilo gótico en que acostumbraban á reunirse se dispuso, pues, de la mejor manera posible; los lacayos fueron enviados para recoger juncos verdes para alfombrar el suelo; y á guisa de tapices desplegáronse las banderas que la guardia escocesa llevaba siempre al entrar en campaña, así como las que había arrebatado al enemigo.

La segunda diligencia fué proporcionar al joven recluta, tan pronto como fué posible, el uniforme y las armas propias de la guardia, para que por todos estilos pudiera ser partícipe de sus importantes privilegios, en virtud de los cuales, y gracias al apoyo de sus compatriotas, le sería dado arrostrar libremente el enojo y la mala voluntad del mariscal Preboste, aunque sabíase que el primero era tan temible como la segunda tenaz.

El banquete fué sumamente alegre, y los convidados dieron rienda suelta á toda la corriente de su parcialidad nacional al recibir en sus filas un recluta de su querida patria. Cantáronse antiguas canciones escocesas, refiriéronse cuentos sobre los antiguos héroes de Escocia y las hazañas de sus padres; se habló de los sitios donde se llevaron á cabo; y por un momento pareció á todos que las ricas llanuras de Turena se convertían en las estériles y montañosas regiones de Caledonia.

Cuando el entusiasmo estaba en su apogeo, y cada cual procuraba decir algo para revivir el recuerdo de Escocia, la fiesta recibió nuevo impulso con la llegada de lord Crawford, quien, según había pronosticado Lesly, estuvo en la mesa del

(1) En ambas batallas, los auxiliares escoceses de Francia se distinguieron mucho mandados por Stewart, conde de Buchan. En Beaugé, alcanzaron la victoria matando al duque de Clarence, hermano de Enrique V, y cortando su ejército. En Vernoil fueron derrotados y casi exterminados.

rey como sobre espinas hasta que se le ofreció oportunidad de escabullirse para ir al banquete de sus paisanos. Habíasele reservado un sillón de ceremonia á la cabeza de la mesa, pues según la costumbre de la época y la constitución de aquel cuerpo, aunque su jefe inmediato fuese tal por nombramiento del rey, así como gran condestable, siendo los individuos (ó según diríamos ahora los soldados rasos) nobles de nacimiento, su jefe podía sentarse entre ellos á la mesa sin ninguna impropiedad y aceptar su convite cuando bien le pareciera, sin menoscabo de su dignidad.

En el primer momento, no obstante, lord Crawford rehusó ocupar el asiento preparado para él y encargándoles que continuarán su fiesta, quedóse contemplando el cuadro con cierto aire de marcada satisfacción.

—Dejadle—murmuró Cuningham al oído de Lindesay, mientras este último ofrecía el vino á su noble capitán—dejadle, no insistáis más, que él tomará por su propia voluntad.

Efectivamente, el anciano lord, que al principio se sonreía movió la cabeza y puso la copa de vino, sin probarlo, delante de él; después, y como al descuido, comenzó á sorber un poco, y al hacerlo recordó afortunadamente que fuera mal visto no beber un trago á la salud del valeroso mancebo que aquel día se les había incorporado. Llenóse la copa, y el brindis, como puede suponerse, fué contestado con alegres aclamaciones, cuando el anciano capitán les anunció que había dado cuenta á maese Oliverio de lo ocurrido aquel día:

—Y como el rapa-barbas no tiene gran simpatía por el aprieta-cuellos—dijo—se ha unido á mí para obtener del rey una orden mandando al preboste que suspenda todo procedimiento, bajo cualquier pretexto, contra Quintín Durward, y que respete en todas ocasiones los privilegios de la Guardia Escocesa.

Otro aclamación resonó, llenáronse de nuevo las copas hasta que brilló el vino en el borde, y hubo un brindis entusiasta en honor del noble lord Crawford, el bravo conservador de los privilegios y derechos de sus conciudadanos. El buen anciano no podía menos de corresponder cortésmente á su vez á este brindis, y dejándose caer, como sin pensarlo, en la silla que le esperaba, hizo venir á su lado á Quintín y le agobió á preguntas sobre el estado de Escocia y las grandes

familias que allí quedaban, preguntas á la mayor parte de las cuales le fué á éste imposible responder.

Entre tanto el buen lord besaba la copa por vía de paréntesis, asegurando que la sociabilidad convenía á los caballeros escoceses, pero que los jóvenes como Quintín debían practicarla con precaución, por temor de que degenerara en exceso. Con este motivo dijo muchas cosas excelentes, hasta que su propia lengua, si bien empleada en las alabanzas de la templanza, empezó á articular algo menos claro que de costumbre.

En este instante, cuando el ardimiento militar de los comensales iba creciendo al compás de los vasos que se vaciaban, Cuningham les invitó á brindar porque se desplegara pronto la bandera real de Francia.

—Y una brisa de Borgoña que la orée—añadió Lindesay.

—Con toda el alma que me queda dentro de este gastado cuerpo, acepto vuestra prenda, hijos míos—contestó lord Crawford—y viejo como soy, todavía puedo verla ondear. Escuchad, queridos míos (el vino le había vuelto algo comunicativo), todos vosotros sois leales servidores del rey de Francia y puedo por lo tanto deciros que ha venido un enviado del duque Carlos de Borgoña, con un mensaje de mal agüero.

—Yo he visto el tren del conde de Crève-Cœur, los caballos y la escolta—dijo uno de los concurrentes—allá abajo, en la posada de los Morales. Dicen que el rey no le quiere admitir en el Castillo.

—¡Ojalá que el cielo le inspire una respuesta desatenta—dijo Guthrie—pero ¿de qué se queja?

—De muchas violencias en la frontera—dijo lord Crawford—y últimamente de que el rey haya recibido bajo su protección á una dama de aquel país, una joven condesa que ha huido de Dijón, porque siendo pupila del duque, éste quiso casarla con su favorito, Campo-Basso.

—¿Y ha venido sola?—preguntó Lindesay.

—No, no del todo sola, vino con la anciana condesa, su tía, que ha accedido á los deseos de su prima en este asunto.

—¿Y querrá el rey—preguntó Cuningham—siendo soberano feudal del duque, intervenir entre éste y su pupila, sobre la

cual tiene Carlos el mismo derecho que, en caso de morir él, tendría el monarca sobre la heredera de Borgoña?

—El rey se regirá, como es su costumbre, por reglas de alta política, y ya sabéis—continuó Crawford—que él no ha recibido públicamente á esas damas, ni las ha colocado bajo la protección de sus hijas, la señora de Beaujeu ó la princesa Juana; de modo que indudablemente obrará según las circunstancias. Aunque sea nuestro señor, no creo hacerle traición al decir que sabrá cazar como los sabuesos ó correr como la liebre, con cualquier príncipe de la Cristiandad.

—Pero el duque de Borgoña no entiende en tales dobleces—dijo Cuningham.

—No—respondió el anciano lord—y he aquí por qué es probable que haya jarana entre ellos.

—¡Bravo! San Andrés avive la refriega—dijo el Acuchillado.—Hace ya diez, digo, veinte años, que me predijeron que la fortuna de mi casa se haría por medio de un matrimonio. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir, si un día venimos á pelear por el honor y el amor de las damas, como sucede en los antiguos romances!

—¿Y osas hablar del amor de las damas, con esa cuchillada en el rostro?—preguntó Guthrie.

—Tanto vale no amar á nadie, como amar una gitana hereje—repuso el Acuchillado.

—Alto ahí, amigos míos—dijo lord Crawford—no esgrimáis armas afiladas ni permitíos bromas agresivas. La dama de quien hablo es demasiado poderosa para escuchar á un pobre señor escocés, pues de lo contrario, yo mismo expondría mis pretensiones, á pesar de mis ochenta años ó poco menos; pero bebamos no obstante á su salud, pues dicen que es un portento de hermosura.

—Creo haberla visto—dijo uno de los concurrentes—cuando estaba de guardia esta mañana en la barrera interior; pero más se parecía á una oscura aldeana que á una dama hermosa: ella y otra señora fueron introducidas en el castillo en literas cerradas.

—Eso está mal dicho, Arnot—repuso lord Crawford—un soldado que se halla de servicio no debe revelar nunca lo que ve. Además—añadió después de un momento de pausa, prevaleciendo su curiosidad sobre el alarde de disciplina que

había creído necesario hacer—¿por qué habría de contener esa litera precisamente la misma condesa Isabel de Croye?

—No podría contestaros, milord—replicó Arnot—sólo sé que mi cuchillero estaba aireando los caballos en el camino del pueblo, cuando encontró á Duguin, el muletero, que volvía con las literas á la posada, pues pertenecen al compadre aquel del Moral, ya sabéis, el de la flor de lís, y Duguin convidó á Saunders Steed á tomar una copa de vino, porque eran conocidos, obsequio que aquél aceptó sin duda presuroso...

—Seguramente—exclamó el anciano lord—y este es defecto del que quisiera veros corregidos, señores; todos vuestros lacayos y criados, ó ganapanes como los llamaríamos en Escocia, siempre están á punto de aceptar una copa de vino, sea de quien fuere. Esto es peligroso en tiempo de guerra, y se debe poner remedio. Pero, Andrés Arnot, tu cuento parece muy largo, y convendrá cortarlo por mitad con un trago, como dicen los montañeses. *Skeoch doch man skial*, (1) que es gaélico puro, á fe mía. Brindo por la salud de la condesa Isabel de Croyes, y porque alcance un marido mejor que Campo-Basso, que sólo es un vil italiano despreciable. Y bien, Andrés Arnot, ¿qué dijo el muletero á tu servidor?

—Pues le dijo en secreto, con permiso de vuestra señoría—continuó Arnot—que las dos señoras que acababa de conducir hacía un instante al castillo en silla de mano cerrada, eran damas principales que habían estado viviendo en secreto en casa de su amo durante algunos días, y que el rey mismo las había visitado más de una vez muy privadamente, tributándoles grandes honores. Añadió que habían volado al castillo, según su parecer, por temor al conde de Crève-Cœur, el embajador del duque de Borgoña, cuya próxima llegada acababa de anunciar un correo que le precedía.

—Vaya, Andrés, me darás ahora la razón—dijo Guthrie.—En tal caso juraría que fué de la condesa la voz que oí cantando acompañada del laúd, ahora mismo, al atravesar el patio anterior; el sonido partía de las ventanas de la torre del

(1) «Cortar un cuento con un trago.» Expresión usual, aplicable cuando el bebedor pronuncia discursos vaso en mano, como dicen los *bons vivants* en Inglaterra.

Delfín; y era una melodía cual nunca se ha oído otra en el castillo de Plessis del Parque. Por mi alma, pensé que era música del hada Melusina. Allí me quedé, aunque no ignoraba que la mesa estaba puesta, y que todos vosotros me esperabais impacientes; allí me quedé como.....

—Como un asno, Juan Guthrie—interrumpió su jefe—olfateando la comida con tus largas narices, oyendo la música con tus largas orejas, y sin que tu poca discreción te indicara por cuál de las dos cosas debías decidirte. Pero..... ¡calla! ¿Es la campana de la catedral la que está tocando á vísperas? No puede ser; no es tan tarde. De seguro que el loco sacristán se ha adelantado en una hora.

—Desgraciadamente, la campana señala con demasiada exactitud la hora que es—dijo Cuningham.—Mirad allá abajo el sol ocultándose por Occidente en la extremidad de la llanura.

—Es verdad—repuso lord Crawford.—¿Quién lo dijera? Pero en fin, compañeros, debemos vivir con medida; el que va despacio va lejos; el fuego lento es el que hace buena cerveza, y divertirse con moderación es cosa muy sana; otra copa por la felicidad de nuestra vieja Escocia, y luégo cada cual á su puesto.

La copa de despedida se vació, y todos los convidados comenzaron á retirarse, mientras que su jefe se cogía del brazo del Acuchillado, bajo pretexto de darle algunas instrucciones relativas á su sobrino, pero en realidad, por temor de que su majestuoso paso no apareciera á los ojos de sus subordinados menos seguro de lo que convenía á su elevado mando. Atravesó con semblante grave los dos patios que separaban su habitación de la sala del festín, y con tono solemne se despidió del Acuchillado recomendándole que vigilara los pasos de su sobrino, particularmente en cuestión de mujeres y de bebida.

Entretanto, ni una sola palabra de las que se dijeron tocante á la hermosa condesa Isabel había sido perdida para el joven Durward, quien conducido á la pequeña celda que debia compartir con el paje de su tío, pudo entregarse en su nueva y humilde habitación á las más profundas reflexiones. El lector podrá imaginarse fácilmente que el joven soldado forjó una interesante novela, tomando por asunto la supues-

ta, ó más bien evidente identificación de la doncella de la torre, cuya canción había escuchado tan atento, y la hermosa sirvienta de maese Pedro, con una condesa fugitiva de elevada alcurnia, huyendo de las persecuciones de un amante odioso, favorito de un tutor tirano que abusara de su poder feudal. Pero la novela de Quintín se interrumpió por una visión, la de maese Pedro, que parecía ejercer la mayor autoridad, hasta en el formidable funcionario de cuyas garras había escapado aquel día tan difícilmente. Las reflexiones del joven, respetadas por su compañero de celda, llamado Guillermo Harpeo, fueron interrumpidas al fin por la vuelta de su tío, que mandó á Quintín acostarse, á fin de que se pudiera levantar temprano para acompañarle á prestar su servicio en la antecámara real, donde debía estar con cinco de sus compañeros á la hora de salir el rey.

CAPÍTULO VIII.

El mensajero.

> A los ojos de Francia sé tú el rayo,
> seguro precursor de mi llegada,
> que mis cañones rugirán muy pronto,
> anunciando la hora de venganza.

Si Quintín hubiese sido uno de esos hombres que se dejan dominar fácilmente por la pereza, el estrépito que se produjo en el cuartel de los guardias escoceses después del toque de diana habría bastado para alejar á Morfeo del lecho del joven; pero la disciplina en el castillo de su padre y en el convento de Aberbrothick le habían acostumbrado á levantarse con la aurora. Durward se vistió alegremente, oyendo el toque de las bocinas y el ruido de las armaduras, lo cual indicaba que estaban relevándose los centinelas, algunos de los cuales volvían á su alojamiento después de terminado el servicio de noche; mientras que otros iban á desempeñar el de la mañana; varios guardias, entre los cuales se contaba el Acuchillado, armábanse á su vez para prestar el servicio junto á la persona del rey Luís. Quintín Durward, poseído de ese sentimiento de vanidad tan natural en un joven de sus años, púsose muy pronto su brillante uniforme; mientras su tío, que le miraba con el mayor interés, cuidando de que no le faltase nada, no podía ocultar su satisfacción al observar el nuevo aspecto que tomaba su sobrino.

—Si llegas á ser tan fiel y valeroso como arrogante es tu presencia—le dijo—voy á tener en ti uno de los más distinguidos escuderos de la guardia, lo cual no podrá menos de